

# Capítulo 1

*Londres, verano de 1875*

**P**asó la pierna por el alféizar de la ventana, se dio impulso y cayó pesadamente en la oscura habitación, sofocando a duras penas un gemido.

«Ya estoy demasiado viejo para esto.»

Soltando varias maldiciones para sus adentros, se friccionó el hombro para aliviarse el calambre. No debería haber trepado por ese árbol. ¿Desde cuando echaban tan pocas ramas esos malditos árboles? Se había imaginado que subiría con la agilidad de un acróbata, pasando fácilmente de rama en rama, y lo único que consiguió fue quedar colgando de una rama como un títere histérico, agarrándose con los brazos temblorosos y balanceando las piernas para trepar. En un momento estuvo a punto de soltarse y estrellarse en el suelo. Eso habría sido una buena diversión para las damas y caballeros reunidos en la cena de lord y lady Chadwick en la planta principal, pensó sombríamente. Nada igual a ver pasar a un enmascarado cayendo del cielo por fuera de la ventana del comedor mientras los criados te llenan el plato con un grasiento estofado de fibroso cordeiro con guisantes.

Se quedó inmóvil un momento para que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. No le llevó mucho tiempo darse cuenta de que a lady Chadwick le gustaba el oro. Todo brillaba en su dormitorio,

desde la gruesa colcha de brocado sobre su cama dorada a la relumbrosa y gigantesca cómoda tallada que había al lado. Sin duda en sus momentos íntimos se imaginaba que era la esposa de un magnífico príncipe y no del abotagado petimetre llorica con que había elegido casarse. Aunque tal vez todas las mujeres tienen derecho a un poco de fantasía en sus vidas, pensó. Su mirada pasó a la cómoda del otro extremo de la habitación, cubierta por una profusión de frascos y potes exquisitamente decorados. Avanzando sigiloso por la penumbra alargó la mano hasta coger el joyero que sobresalía en medio.

Con llave.

Abrió el primer cajón y pasó la mano por las capas de ropa interior bien dobladitas. Encontró la llave debajo de la armadura formada por los formidables corsés de lady Chadwick. ¿Por qué las mujeres siempre suponían que a los ladrones no se les ocurriría nunca mirar ahí? Tal vez preferían creer que la mayoría de los hombres eran o tan recatados o tan caballerosos que no se atreverían a hurgar por entre la ropa interior femenina.

Daba la casualidad que él no era ninguna de esas dos cosas.

Insertó con sumo cuidado la llave en la diminuta cerradura, le dio una vuelta y abrió la tapa.

Sobre el forro de terciopelo oscuro reposaba una brillante colección de piedras preciosas. Además de su gusto por el oro, a lady Chadwick también le gustaba sentir el peso de unos enormes diamantes, rubíes y esmeraldas sobre su piel. Supuso que eso era una justa compensación por haber soportado tantos años el tedio del matrimonio con lord Chadwick. Cogió un magnífico collar de esmeraldas, lo puso a la luz del delgado rayito de luna que entraba por la ventana, y contempló fascinado el cambio de color, de casi negro al matiz verde claro del río en el que había jugado durante tantos años cuando era un muchacho.

En ese instante se abrió la puerta del dormitorio, dejándolo bañado en luz.

—Ah, perdone —se apresuró a disculparse la joven que estaba en el umbral—. No sabía que hubiera alguien aquí...

Harrison observó con pesarosa resignación cómo descendía la comprensión sobre ella. En todo caso, sólo tenía una opción. De todos modos, sintió el peso de la culpabilidad en el pecho cuando cogió a la chica y la atrajo bruscamente hacia él. Ella tropezó, él la

afirmó y cerró la puerta con el pie. Le plantó la mano enguantada en la boca y la hizo girar, apretando su esbelta figura contra su cuerpo. El miedo de ella era palpable, lo sentía en los latidos de su corazón contra su brazo, lo oía en sus suaves respiraciones jadeantes. Se sintió invadido por el asco que se daba a sí mismo.

«Por el amor de Dios, concéntrate.»

—Si grita la mataré —le dijo con voz dura al oído—. ¿Entiende?

A ella se le tensó el cuerpo. Él no podía dejar de sentir su aroma al tenerla tan cerca. No era a rosas ni a lavanda, ni a ninguno de los empalagosos perfumes que acostumbraban a usar las mujeres que conocía. De la chica que tenía pegada a él emanaba una fragancia suave, limpia, como el aroma de una pradera justo después de una lluvia de verano.

—Le voy a quitar la mano de la boca. Si me jura que no va a gritar ni a intentar huir, le doy mi palabra de que no le haré ningún daño. ¿Tengo su promesa?

Ella asintió.

Receloso, le quitó la mano de los labios. No sabía si podía fiarse de ella. Su traje de noche indicaba que era una de las invitadas a la cena de lady Chadwick; fuera cual fuera su motivo para salir del comedor, lo más probable era que no tardaran mucho en enviar a una obediente criada a ver qué la hacía tardar.

La delicada caja torácica de la chica continuaba elevándose y bajando contra su brazo. Se le había calmado un poco la respiración, y él lo agradeció, aún cuando pensaba que habría sido mejor para ella y para él que se hubiera desmayado. Así podría simplemente dejarla sobre la cama y salir por la ventana. Pero tal como estaban las cosas, tendría que atarla para que no pudiera salir chillando de la habitación, poniendo en peligro su escapada.

—Por favor —dijo ella, con una vocecita débil, vacilante—. Me tiene sujeta tan fuerte que no puedo respirar.

Era escocesa, comprendió él, complacido por la dulce y refinada cadencia de su voz. La soltó al instante.

—Perdone.

Ella se tambaleó ligeramente, como si no hubiera esperado que la soltara tan de repente. Por instinto él estiró el brazo para afirmarla, pero esta vez con suavidad. Ella lo miró por encima del hombro, sorprendida.

—Gracias.

El rayo de luna le dio en la cara, iluminando sus rasgos. No era tan joven como había creído, porque tenía unas finas arruguitas alrededor de sus enormes ojos oscuros y otras que atravesaban la blanca frente, lo que sugería que tenía por lo menos veinticinco años, tal vez más. Los pómulos altos y pronunciados hacían resaltar la elegante fragilidad que parecía rodearla. Tenía fruncidas sus cejas hermosamente delineadas y los labios algo apretados en una línea seria, mirándolo atentamente, con una expresión que parecía flotar entre el miedo y otra cosa, una emoción que semejaba casi una cierta simpatía.

Ridículo pensar eso, se dijo él, impaciente. Ninguna mujer de buena cuna simpatizaría con un ladrón de joyas, y mucho menos con uno que acababa de amenazarla con matarla.

—Se le cayó el collar —le dijo ella, apuntando el brillante mon-toncico de esmeraldas y diamantes sobre la alfombra.

Harrison la miró incrédulo.

—Tal vez sería mejor que dejara ese y cogiera unas joyas más pequeñas —le sugirió ella—. Seguro que Lady Chadwick notará que ha desaparecido su precioso collar de esmeraldas en el instante en que guarde sus joyas esta noche. Si se lleva algunas de las menos importantes es probable que no note su desaparición inmediatamente, con lo cual usted tendrá más tiempo y facilidad para venderlas. Una vez que se denuncie el robo a la policía y aparezca en los diarios, sus receptores podrían mostrarse renuentes a comprarlas.

Él arqueó una ceja, desconcertado.

—¿Siempre es así de servicial durante un robo?

Ella se ruborizó ligeramente, azorada.

—Sólo pensé que podría considerar las ventajas de elegir joyas de calidad de apariencia más modesta. Las piedras más grandes, más opulentas, no son siempre las más valiosas. Pueden tener defectos dentro.

—Eso lo sé.

—Perdone, claro que lo sabe. —Su mirada expresó curiosidad—. Usted es La Sombra, ¿verdad?

Harrison volvió a la cómoda y empezó a hurgar por entre las prendas íntimas de lady Chadwick en busca de algo para amarrar a su extraña huésped.

—¿Cuándo considerará que ya ha robado lo suficiente?

Él detuvo la actividad para mirarla.

—¿Perdón?

—Los diarios han estado llenos de reportajes sobre sus robos desde hace unos meses —explicó ella—. Simplemente quería saber cuándo considerará que ha robado lo suficiente para dejar esa vida de delincuencia y aplicar sus talentos a una profesión más conforme con la ley. A la larga, señor, estoy segura de que descubrirá que las recompensas son mucho mayores al llevar una vida respetable y productiva.

Harrison sintió vibrar la rabia por todo él. Según su experiencia, las mujeres que soltaban mojigatos sermones acerca de la senda de la virtud siempre llevaban vidas muy resguardadas. No sabían ni una maldita nada sobre la vida más allá de sus envanecidas existencias.

—Es algo que debería considerar —continuó ella, muy seria—. Si lo pillan lo enviarán a prisión. Y puedo asegurarle que no es un lugar muy agradable para estar.

—Lo tendré presente. —Sacó una media del cajón—. Lamento tener que hacer esto, pero tendré que atarla a esa silla. Procuraré no apretar demasiado...

—¿Señorita Kent?

Se oyó un suave golpe en la puerta y luego se abrió.

—¡Socorro! —chilló la criada, horrorizada al ver a Harrison todo vestido de negro y con máscara negra a punto de atar a la chica con una media retorcida—. ¡Asesino!

Acto seguido echó a correr por el corredor gritando tan fuerte como para despertar a los muertos.

—¡Rápido, salga por la ventana! —exclamó la chica—. ¡Deprisa!

Maldiciendo enérgicamente, Harrison soltó la media y corrió hacia la ventana. Los gritos y chillidos rebanaban el aire nocturno, atrayendo hacia la casa a cocheros y curiosos que pasaban por la calle antes tranquila. Se sentía relativamente seguro de que sería capaz de bajar por ese maldito árbol en menos de un minuto sin romperse ningún hueso importante.

La clara posibilidad de que algún paladín entusiasta de entre el gentío pudiera dispararle y hacerlo caer de las ramas como un gigantesco e impotente pájaro, le dio que pensar.

—¿A qué espera? ¡Salga! —exclamó la chica, moviendo los brazos hacia él como para hacer salir a un niño errante por la puerta.

Comprendiendo que tenía pocas opciones, pasó una pierna por el alféizar y estiró sus doloridos brazos hacia el árbol.

Sonó un disparo en la oscuridad, rompiendo la rama donde acababa de poner los dedos.

—¡Lo tengo! —rugió una voz excitada abajo—. ¡Alto, ladrón!

—¡Entre! —le dijo la chica, cogiéndolo de la chaqueta—. No puede salir por ahí.

—Eso ya lo sé —concedió él secamente.

—Tendrá que salir por la ventana de la habitación de lord Chadwick, al otro lado del corredor; es de esperar que no haya nadie esperándolo al otro lado de la casa.

Tras decir eso, la chica fue hasta la puerta y la entreabrió para asomarse al corredor.

—¡Salga con las manos en alto! —rugió una voz.

Harrison fue a reunirse con ella en la puerta y al asomarse vio a un joven y escuálido mozo de establo subiendo receloso la escalera, balanceando un viejo y aporreado rifle delante de él.

—Le advierto que he matado antes —gritó el mozo, nervioso—, y no tengo miedo de volverlo a hacer.

Harrison pensó que eso era improbable, a no ser que se refiriera a matar roedores en el establo. Pero en ese momento, la perspectiva de que le disparara un joven aterrado con un arma de fuego antigua se le antojaba muy indeseable, sobre todo dado que el chico podía errar el tiro y herir a la guapa desconocida que tan galantemente estaba tratando de ayudarlo. Sin la posibilidad de cruzar corriendo el corredor para entrar en el otro dormitorio, se le había desintegrado la única oportunidad de escapar. Qué irónico, pensó amargamente, ser cogido y arrestado por sus delitos en esa tardía fase.

Exhalando un suspiro de disgusto, levantó las manos.

—¡Tiene una pistola! —le gritó entonces la chica al mozo—. ¡No le dispare, porque entonces me matará!

Harrison la miró incrédulo.

—¿Qué demonios pretende hacer?

—No tenemos elección —le susurró ella enérgicamente—. Tiene que utilizarme a mí para salir de aquí.

—¡Suéltela! —gritó el mozo, como si estuviera a punto de vomitar—. ¡Ya le dije que no tengo miedo de disparar!

—Por el amor de Dios, Dick, ¡no lo amenaces! —ladró un lacayo, subiendo la escalera detrás del mozo.

—¡Podría asesinarlos a todos! —añadió el mayordomo, uniéndose a ellos.

—Muy bien, entonces —chilló el mozo, muy agitado, ofreciéndole el arma—. Tal vez querría tener esto usted.

—No me lo des a mí, idiota —ladró el mayordomo, apartando el arma—. ¡No sé dispararlo!

—¡Silencio todos! —Resollando y sudando copiosamente, lord Chadwick se esforzó en aparentar un aire de majestuosa autoridad al llegar a lo alto de la escalera—. Habla lord Chadwick.

Se detuvo a secarse la frente con un pañuelo de lino, dando tiempo para que se asimilara la importancia de su presencia.

—Lord Chadwick, gracias a Dios que está aquí —dijo la chica, simulando un tono de alivio—. Por favor, dígame a todos que despejen la escalera y nos dejen bajar. Él no le disparará a nadie, siempre que nadie intente detenerlo.

—Toda la gente de la casa tiene exactamente dos minutos para bajar a la cocina y encerrarse allí con llave —ladró Harrison.

Puesto que la chica había añadido el rapto a su letanía de delitos, suponía que bien podía desempeñar ese papel como era debido.

—¿En la cocina? —dijo lord Chadwick, al parecer horrorizado por la idea—. Escuche, señor, no sé quién es ni qué pretende al allanar mi morada, pero le aseguro que no me voy a mover de este lugar mientras no haya liberado a mi invitada dejándola a salvo bajo mi custodia, ¿me oye? El bienestar de la señorita Kent es mi responsabilidad, y no tengo la menor intención de abandonarla a sus malvados y despreciables...

—La primera persona que vea al salir de esta habitación caerá muerta de un disparo, lord Chadwick —prometió Harrison lúgubrementemente—, y eso lo incluye a usted. Ahora, muévase antes que...

Un disparo ensordecedor resonó en toda la casa, dejando sin terminar la amenaza de Harrison.

—¡Sálvese quien pueda! —chilló lord Chadwick. Con los ojos a punto de salirse de las órbitas, hizo a un lado a los criados y

empezó a bajar corriendo, como si quisiera ganarles a todos en llegar abajo—. ¡Corred, o nos asesinará a todos!

Al instante toda la casa se convirtió en una barahúnda de cuerpos corriendo, borradas las distinciones de sexo y clase social mientras criados y aristócratas chocaban entre ellos en su desesperada huida para salvar sus vidas.

—Les dije que entraran en la cocina —refunfuñó Harrison, exasperado—. Ahora tendré que contender con una multitud más numerosa cuando logre salir.

—Si me lleva delante, no dispararán —le sugirió la chica.

—No la llevaré conmigo, es posible que ese mozo idiota la mate a usted por querer salvarla.

—Creo que soltó su rifle —dijo ella. Asomó la cabeza y vio el tosco rifle abandonado sobre la alfombra—. Ahí, ¿lo ve?, debió soltarlo después que se le disparó.

—¿Es señorita Kent, verdad? —dijo Harrison en tono soso.

—Charlotte es mejor. Señorita Kent siempre suena terriblemente formal...

—Puede que la sorprenda saber, señorita Kent, que no tengo por costumbre raptar a mujeres indefensas para utilizarlas como escudo. Y no tengo la menor intención de empezar a hacerlo ahora.

Le había comenzado un dolor sordo en la base del cráneo; estaba empezando a desear haberse quedado en casa.

—En realidad no me va a raptar. Yo me he ofrecido a ayudarle —señaló Charlotte—. A menos que esté preparado para que lo arresten y pasarse el resto de sus días en una celda de la cárcel, tiene que dejar que lo ayude a salir de aquí.

Sus grandes ojos lo miraban muy serios. Era imposible determinar de qué color eran a la tenue luz que entraba en la habitación, pero él tuvo la clara impresión de que era muy improbable que se hubieran visto alguna vez. De la extraña joven emanaba una fuerza especial, una resolución única, tan desconcertante como cautivadora.

—¿Lleva pistola? —le preguntó ella.

—No.

Ella frunció el ceño.

—¿Y un puñal?

Él asintió, de mala gana.



—Llevo una daga en la bota.

—Una daga valdrá para amenazar con rebanarme el cuello —dijo ella con la mayor naturalidad—, pero si alguien decide arrancársela de la mano, tendremos un problema.

Él no lograba decidir cómo definirla. Cualquiera mujer normal de buena cuna estaría ahogada en lágrimas suplicándole que la soltara y no le hiciera daño, en cambio ella lo que hacía era pasear la vista por el dormitorio, al parecer buscando algo que pudiera servirle de arma a él. Se acercó a la ventana y miró la multitud que seguía congregada en la calle; el martilleo de la cabeza se le iba extendiendo, arrojando sus largos tentáculos de dolor hacia la frente y las sienas.

—¡Ya sé! —exclamó ella de pronto—. Puede sostener el cepillo para el pelo de lady Chadwick en el bolsillo y presionarlo en mis costillas cuando salgamos, dando a todos la impresión de que tiene un arma de fuego.

Cogió un pesado cepillo de plata de la cómoda y se lo pasó, como si de veras creyera que él era un hombre de inmensa osadía, capaz de burlar a una muchedumbre airada con la fuerza de un simple cepillo para el pelo. Curiosamente, sin saber por qué, le fastidió la idea de desilusionarla. ¿Cuándo fue la última vez que una mujer lo miró con esa confianza tan pura, tan inmaculada, en sus ojos?, pensó tristemente. El dolor de cabeza iba empeorando; sabía que dentro de unos minutos se volvería atroz y que entonces sería absolutamente incapaz de pensar. Si había una posibilidad de escapar, por pequeña que fuera, ese era el momento de cogerla.

—¿Y qué haremos cuando salgamos? —preguntó.

—¿No tiene un coche esperando?

—No.

Ella volvió a fruncir el entrecejo, como si le resultara incomprendible que un ladrón pudiera intentar un robo tan mal preparado.

—Entonces tendremos que coger el mío —decidió, avanzando hacia la puerta.

—¿Está lesionada?

Ella lo miró confundida.

—No. ¿Por qué?

—Su pierna, me pareció que tenía dificultades para caminar.

—No es nada —le aseguró ella secamente—. Estoy muy bien.

Metiéndose el cepillo de lady Chadwick en el bolsillo de la chaqueta, él la rodeó con un brazo.

—No necesito su ayuda para caminar —protestó ella, tratando de apartarlo—. Soy muy capaz de...

—Sólo hago lo que usted me sugirió, simular que la estoy usando de escudo.

—Ah.

Ella dejó de debatirse, pero cuando la agarró sintió que tenía el cuerpo rígido. Era evidente que había puesto el dedo en una llaga al mencionar su pierna.

—Una vez que estemos fuera, si alguien decide atacarme, quiero que usted se aparte y corra a ponerse fuera de peligro. —La miró muy serio—. ¿Está claro?

Ella negó con la cabeza.

—Nadie lo atacará mientras yo esté delante...

—¿Está claro?

—Si me aparto de usted, alguien podría dispararle.

—No vamos a salir, señorita Kent, mientras no diga que sí.

—Sí —suspiró ella, de mala gana.

—Muy bien, entonces. Vamos.

Bajaron juntos la escalera, con pasos torpes. Cuando llegaron a la planta baja él notó que su cómplice tenía la respiración agitada y a pesar de haberle asegurado que estaba bien, su andar era envarado y doloroso. Pero tuvo poco tiempo para reflexionar sobre eso, pues llegaron a la puerta y se encontraron a la vista de la multitud que los esperaba fuera.

—Todo el mundo atrás —ordenó, sujetando firmemente a su acompañante—, y que traigan el coche de la señorita Kent.

La aterrada multitud retrocedió unos pasos, obedientemente. Pero el coche no llegaba.

—Que traigan el coche de la señorita Kent —repitió, acalorado—. ¡Ahora!

—Ya te oí la primera vez, puñetero pedazo de escoria —ladró una voz furiosa—. Y si le tocas un solo pelo de la cabeza a la muchacha mientras te lo traigo, te arrancaré la carne de tus ladrones huesos y los trituraré hasta convertirlos en harina.

Atónito, Harrison se quedó mirando a un ancianito correr a toda la velocidad que le permitían sus flacas piernas en dirección

a la hilera de coches. Haciendo gala de una extraordinaria agilidad para su avanzada edad, el viejo subió de un salto en el pescante, golpeó con las riendas las ancas del caballo y puso el coche en marcha.

—Ese es Oliver —le susurró Charlotte, mientras el vehículo se acercaba lanzado—. Es muy protector conmigo.

—Maravilloso —comentó Harrison arrastrando la voz.

El coche se detuvo con una sacudida delante de la puerta. Oliver echó una mirada asesina a Harrison y luego miró a Charlotte preocupado.

—¿Estás magullada, muchacha?

—No, Oliver. Estoy muy bien —le aseguró ella amablemente.

—Será mejor que procures que siga así, canalla holgazán —le advirtió a Harrison—, si tienes ganas de continuar de una sola pieza.

La idea del delgaducho y pequeño escocés luchando con él era ridícula, pero Harrison reconoció el angustioso miedo del viejo por la chica que tenía pegada a él y comprendió que no debía jugar con sus emociones. Sabía que la fuerza nacida del miedo y la frustración puede ser mucho más peligrosa que la de la simple juventud y músculos.

—Le doy mi palabra de que la señorita Kent no sufrirá ningún daño mientras usted haga exactamente lo que yo diga —le dijo.

Oliver soltó un bufido disgustado.

—Quién se puede fiar de la palabra de un bribón que rapta a una muchacha indefensa y le mete una pistola en las costillas. Los ladrones de ahora no tenéis ningún honor, y esa es la triste verdad. En mis tiempos, bueno, nadie me habría visto moviendo una pistola...

—Por favor, Oliver —lo interrumpió Charlotte—. Tenemos que irnos, ya.

Oliver miró a Harrison, furioso.

—De acuerdo entonces, bellaco. A ver si te quedan modales para ayudar a la señorita Kent a subir al coche, y nos vamos.

Aflojando un poco la presión sobre ella, Harrison alargó la mano para abrir la portezuela.

—¡No! —gritó Charlotte en ese instante.

Harrison se giró a mirar, justo a tiempo para ver a un caballero elegantemente vestido sosteniendo una pistola, de pie en la puerta

por donde acababan de salir él y la señorita Kent. Uno de los invitados de lord Chadwick no había abandonado la casa, comprendió atontado. Se había escondido dentro, esperando el momento perfecto para salir corriendo y dispararle al infame La Sombra por la espalda. Las regordetas manos del hombre temblaban visiblemente, su frente estaba perlada de sudor, apuntándolo a él con la pistola.

Se apresuró a ponerse delante de Charlotte para protegerla con su cuerpo y en ese momento el hombre disparó el arma. Lo atravesó el dolor, abriendo un sendero ardiente por su carne y hueso. Sujetando firmemente a Charlotte, abrió la puerta del coche.

— ¡Alto, ladrón! — rugió su asaltante—. O volveré a disparar.

Con el hombro ardiendo, Harrison se giró, dejando a Charlotte detrás de él. Moviéndose amenazador el cepillo dentro del bolsillo, apuntando.

— Arroja esa pistola, o dispararé a tu maldito...

Resonó otro disparo en la oscuridad.

Harrison se quedó inmóvil, sabiendo que si se movía la bala golpearía a su joven protectora.

Por un momento nadie se movió, todos nerviosos, esperando ver si habían matado al infame La Sombra.

— ¡Thomas! — gritó entonces una mujer—. Ay, Dios mío, ¡Thomas!

Confuso, Harrison levantó la vista para mirar hacia la puerta.

El invitado elegante estaba tendido sobre la escalinata, los brazos y las piernas extendidos sobre los peldaños de piedra. A primera vista parecía como si se hubiera resbalado y caído. Pero algo salía por debajo de él y corría por la clara superficie del peldaño, cayendo al de más abajo y al de más abajo en un grotesco río rojo.

— San Colombo, lo has matado, cerdo asqueroso — exclamó Oliver, consternado.

Harrison continuó mirando pasmado la figura flácida y sangrante del hombre, con la mano todavía alrededor del cepillo de lady Chadwick.

— ¡Suba al coche! — lo instó Charlotte—. ¡Ya!

— No voy a llevar a ninguna parte — dijo Oliver enfurecido—, a ese infame cabrón. Pueden colgarlo por lo que a mí...

— No ha sido él — dijo Charlotte tratando de hacer moverse a Harrison—. No ha podido ser él, Oliver. No lleva pistola.

Oliver frunció el ceño, confundido.

—¿No?

—Por favor, no puede quedarse aquí —exclamó Charlotte, tirando del brazo de Harrison y tratando de meterlo en el coche.

La noche ya estaba preñada de gritos y chillidos. Hombres y mujeres por igual corrían en desbandada, desapareciendo por las calles laterales y las mansiones vecinas, desesperados por escapar de La Sombra asesina. Él no podía hacer nada por el pobre cabrón que se estaba desangrando en la escalinata de la mansión de lord Chadwick, comprendió Harrison tristemente. Rindiéndose a las súplicas de la señorita Kent, la ayudó a subir al coche, subió detrás de ella y cerró la puerta. El coche salió disparado.

Un dolor tenaz se había apoderado de todas las partes de su cabeza, cegándolo con su ferocidad. Sus garras se le hundían en el cerebro, los ojos, los oídos, mientras el dolor abrasador del hombro se le iba extendiendo hasta las yemas de los dedos. Tenía la manga de la chaqueta empapada de sangre, y sentía la boca reseca. Estaba vivo, como también lo estaba la extraña joven que interrumpió su desastrosa escapada.

Todo lo demás estaba perdido.